Una noche más

Daniel Carazo Sebastian

Capítulo 1

Alejandra

Porfin acaba el día, al menos en lo laboral, porque en lo personal aún queda trabajo. Alejandra trabaja desde hace dos años en una importante consultora y ya está acostumbrada a este tipo de vida, cuando hay que cerrar un proyecto no existen horarios, y todavía no tiene la antigüedad suficiente como para delegar en otros.

Está casada felizmente con Rafa, un joven diplomático que también trabaja en exceso y además pasa más tiempo de viaje que en casa. Tienen dos adorables hijas pequeñas, las cuales, entre los dos, intentan atender lo mejor posible, aunque la realidad es que las pobres están todo el día entre la guardería y la casa de su abuela. En cuanto uno de ellos termina su jornada de trabajo va en seguida a recogerlas, al menos así les dan la cena y las acuestan con tranquilidad. Habitualmente así se apañan relativamente bien y al menos no tienen que alterar demasiado el horario de las pequeñas.

Hoy, por desgracia, no ha sido uno de esos días en que mantienen su peculiar rutina. Rafa está fuera de Madrid y la abuela tenía otros compromisos. A Alejandra le ha tocado hacerse cargo de las niñas. A las cinco de la tarde ha ido corriendo a recogerlas a la guardería y no le ha quedado otro remedio que llevárselas a la oficina. No es la primera vez que lo hace y su jefe se lo permite con tal de que no retrase su trabajo. Cuando están allí, las instala en una sala de reuniones y les pone una merienda funcional compuesta por sándwiches envasados y zumos de naranja sacados de la máquina expendedora. Deja un montón de papeles y rotuladores y conecta en el ordenador el Disney Channel para que así se entretengan el resto de la tarde y ella pueda agilizar sus tareas para salir cuanto antes.

El proyecto en el que ese día está inmersa, y que le ha obligado a llevarse a las niñas a la oficina, le requiere más tiempo del que pensaba. Las niñas han tenido un rato en el que, ya cansadas, han estado llamándola continuamente y han empezado a pelearse entre sí, pero al final han caído rendidas y se han dormido en los sillones. Cuando por fin termina, Alejandra recoge su despacho y va a por ellas, con mucho cariño las espabila un poco. Le da una pena horrible tener que despertarlas y sacarlas a la calle por lo que maldice por lo bajo, y con cuidado de que nadie le oiga, su situación. La oficina está totalmente en silencio, no queda prácticamente nadie, y los que todavía están no levantan la vista del ordenador intentando terminar cuanto antes, nadie se fija en ellas. Recoge los restos de la actividad de las niñas en la sala de reuniones,

apaga la proyección del ordenador, coge sus mochilas y contándoles un cuento las va llevando, medio dormidas, por los solitarios pasillos del edificio.

Una vez en la calle se acuerda de que, con las prisas, al volver de la guardería, ha tenido que aparcar en una de las bocacalles detrás de la oficina. No le hace ninguna gracia ya que, cuando sale tarde, es una zona muy solitaria. Los únicos sitios donde puede encontrar gente son las salidas de otros edificios, pero estas dan a la Avenida principal, no donde ella ha aparcado. Prefiere no pensarlo mucho e, intentando no entretenerse, lleva a sus hijas lo más rápido que puede hasta el coche.

Cuando llega observa que hay otro vehículo estacionado justo al lado del suyo, el resto de la calle como se temía está totalmente vacía. También es casualidad, piensa. Mira a su alrededor por si localiza alguien más y, al no ver a nadie, decide darse prisa, coger cuanto antes su coche y salir de allí sin más demora. Abre el vehículo con el mando a distancia y entonces viene lo más difícil, que las niñas entren rápido y acepten las correas de sujeción sin llorar, misión imposible normalmente. Efectivamente, cuando las sienta en sus sillas, se espabilan y empiezan a llorar, no quieren entrar, están tan adormiladas que no saben ni donde están. Alejandra se arma de paciencia y las va convenciendo de que no pasa nada, ya van a casa.

Está concentrada en esa tarea cuando percibe que hay un hombre parado al lado suyo, ¡qué susto!, no lo ha visto llegar, pero ¿qué hace?, solo mirar, si hubiera querido hacerlas algo ya hubiera podido hacerlo. Aun así, Alejandra no se fía, intenta disimular su miedo y sigue ocupándose de sus hijas. Se mantiene alerta, mira constantemente al hombre de reojo, por si acaso. Le sorprende que este no hace nada, está quieto, mirándola y esperando. El caso es que parece una persona muy normal, va trajeado y con un maletín, ni siquiera hace ademán de acercarse más, pero es su tez oscura, pelo negro, corto y muy rizado, quizá norte africano, percepción que a Alejandra no puede evitar crearle cierta desconfianza.

Cuando acaba de sentar y sujetar a sus hijas se vuelve para mirar al hombre, espera que se abalance sobre ella o algo así y se prepara para gritar por si acaso, sin embargo, él sigue quieto, mirándola, sin hacer nada, incluso parece que le sonríe. Alejandra no se para más, entra rápido en su coche y arranca. No sabe bien por qué, pero en vez de avanzar, se queda mirando una vez más a su extraño acompañante. Comprueba como este hace un leve movimiento de negación con la cabeza y entra en el vehículo de al lado, seguro que Alejandra se ha preocupado sin motivo y solo estaba dejándola terminar antes de montarse en su coche, pero pasan tantas cosas hoy en día que no se fía. Mientras está pensando en eso, observa como el hombre trata de arrancar su coche sin éxito, una, dos, tres veces... nada. Alejandra le está mirando fijamente, casi sin darse cuenta, y sigue sin moverse. El hombre entonces la mira y, bajando

resignado de su coche, se dirige a ella. Alejandra se pone nerviosa, las niñas se están adormilando otra vez, no se están dando cuenta de nada, inconscientemente ella activa el cierre centralizado y bloquea todas las puertas. El hombre se pone a la altura de su ventanilla y con actitud prudente, sin acercarse demasiado, dice.

—Perdona, ¿me puedes echar una mano?, no me arranca el coche..., debe ser la batería.

Alejandra se bloquea mentalmente, sabe que le tiene que ayudar, parece buena persona y está siendo educado, pero están las niñas, no hay nadie alrededor y si baja del coche se queda expuesta a que le haga cualquier cosa. Ya es casualidad que esté precisamente aparcado justo al lado de ella, que se hayan quedado solos, que hayan llegado a la vez y que además él no pueda arrancar... No se fía, tiene que salir de allí cuanto antes. Solo cierta a decir...

Puedes seguir leyendo en:

https://leer.amazon.es/kp/embed?asin=B07BL5VNCN&preview=newtab&linkCode=kpe
TzCbXNN21RV